

Dra. Silvia Ortiz León.

CAPITULO VIII
LA MUERTE Y EL PSICOANALISIS

El concepto de la muerte va cambiando a lo largo del desarrollo del niño. Esta evolución ocurre por etapas bien definidas. Para analizar los cambios que sufren el concepto de muerte en la infancia se han hecho estudios y observaciones en grupos de niños, desde los muy pequeños de 3 años hasta los 10 años y más edad, los investigadores en estos cambios, refieren que paulatinamente presentan maneras distintas de concepción y expresión, han pedido a los niños que hablen de sus ideas, o bien las manifiesten de diversas maneras, ya sea escribiendo o plasmando a través del dibujo, la composición y actuación, en los que se mezclan ideas, sentimientos y pensamientos y todo aquello que tenga un significado relacionado acerca de la muerte.

Al analizar estas observaciones, los autores como Gessell refieren que a los cuatro años la idea de la muerte es muy limitada y no supone emoción especial alguna. Hacia los seis años aparecen las reacciones afectivas hacia la muerte y sobre todo es más evidente el temor de la muerte de la madre, lo que tendrá relación con una etapa del desarrollo afectivo cargado de hostilidades y agresiones, sin creer en la posibilidad de la propia muerte. A la edad de siete años el niño piensa en la muerte como una experiencia humana, pero vagamente piensa en que algún día



ha de morir. A los ocho años es capaz de aceptar el hecho de que todos, incluyéndose él mismo, han de morir y de los nueve en adelante aceptará con todo realismo el hecho de tener que morir más adelante.

Otros autores mencionan tres tipos de conceptos que corresponden a tres etapas evolutivas en el lapso de los 3 años a los 10 años de edad.

La primera categoría es aquella en la que se niega el morir y la muerte, como un proceso inevitable y definitivo. Esta es la forma como visualizan la muerte los niños menores de cinco años. Para ellos la muerte no existe o es considerada como estado temporal. No por ello deja de ser un evento doloroso para el niño ya que cuando alguien muere no es el muerto el que sufre sino los que viven la separación, que es el aspecto más doloroso de la muerte, Anthony refiere que en la mente infantil, la muerte equivale a una separación la máxima agresión con peligros y miedo. Mahler describe al niño que ha sufrido la muerte de alguno de sus padres con sentimientos de abandono, soledad y separación y que puede reaccionar con un sentido de culpabilidad y tener el convencimiento que todo es en castigo por haberse comportado mal.

Cuando ocurre la muerte, es frecuente que la representen como un estado similar a la del sueño o como la ausencia de alguien que se ha ido.

Esta forma de representación la encontramos en algunas sociedades primitivas como en las tribus de Africa en donde

no existe una palabra particular para el acto de dormir sino que se expresará como "estar medio muerto".

El que en muchos cultos se entierren a los muertos con sus objetos personales y comida, también denota su concepción como un cambio de estado, una partida hacia otros sitios. Sobre la partida a otros sitios surge la pregunta, ¿A qué sitios y cómo serán estos?, ya los Nahuas buscaban una respuesta y meditaban acerca de la muerte, lo que es indudable en su filosofía, es que la vida para ellos tenía valor e importancia restringida sobre la tierra, y por lo tanto la transitoriedad del hombre en esta tierra, o Tlaltipac.

Frente a esto no parecerá extraño que surja el tema de la muerte como una especie de despertar del sueño presente, para penetrar al fin en el mundo de lo "que nos sobrepasa". En la región de los muertos, el Mictlan.

Cuando el niño se acerca a los cinco años de edad deja de negar la muerte pero sigue rechazando la idea de que sea irreversible, la muerte se vuelve un proceso gradual donde la definición entre la vida y la muerte no es muy clara y en el que estos dos estados pueden estarse intercambiando y teniendo semejanza, como lo que se ha encontrado escrito en los libros mayas; en los que se describe una interdependencia entre vivos y muertos en una cooperación perpetua representando una bipolaridad que tiene relación con el ciclo, día y noche.

La segunda categoría es aquella en la que se

personifica a la muerte y que comprende la etapa entre los seis a los nueve años de edad. Esta personificación ocurre en dos formas: en una la muerte se considera como una persona, en la otra se identifica a la muerte con el muerto. Cuando se toma a la muerte como una persona es frecuente que se le represente como un esqueleto, "Príncipe de los desaparecidos", así como un ser invisible que se desplaza en secreto con preferencia de noche y sólo es percibido por aquellos que serán sus víctimas, así siempre según las imágenes tomadas de los adultos. Ahora la muerte se ha vuelto inevitable, es un "rpto" sin retorno. El muerto continúa viviendo pero en otra parte; sigue haciendo lo que hacía antes pero de una manera pálida y más lenta. El concepto de muerte se va volviendo más realista, más definitiva y se trata de expulsar a la muerte del interés del sujeto hacia el exterior y sólo trata de alejarla lo más lejos posible.

La tercera categoría es aquella en la que se reconoce que la muerte es el fin de la vida corporal. Esta concepción final, ocurre de los nueve años en adelante. El niño acepta entonces lo irreversible del fenómeno y lo inevitable de su asociación con la muerte.

El niño contrariamente a lo que se cree, piensa frecuentemente en la muerte, sobre todo al anochecer cuando teniéndose que dormir, cabe la reflexión, el sueño será un presagio de muerte para el niño. Para la mayoría, la muerte es un misterio de preocupación y angustia, producto del

enfrentamiento con lo desconocido, lo que se incrementa con la actitud que muestran los adultos no queriendo hablar de ello, tratando de permanecer alejados de esta temática evadiendo el diálogo con el niño, por lo tanto el misterio se vuelve más profundo e impenetrable hasta que se separa de nosotros.

Nuestra muerte se vuelve algo externo que no nos pertenece.

Como lo describe Freud en su ensayo sobre nuestra relación con la muerte, después de todo nuestra propia muerte es inimaginable, vemos que en realidad sobrevivimos como espectadores.

La negativa para hablar del tema de la muerte por parte de los adultos, seguramente está relacionada con el tiempo transcurrido que tiene como resultado la edad que cada vez está cerca de lo único, que podemos estar verdaderamente seguros aunque ignorando el día y la hora, su porqué y el cómo, y es que debemos morir. En este sentido la muerte parece más radical que la vida, ya que como lo afirma Haidegger, el ser humano es un ser para la muerte. Volviendo al diálogo que intenta el niño, sobre la muerte con los adultos y viéndose ellos interrumpidos por los temores, los adultos y sobre todo los padres recurren a la transmisión de los significados a través de la literatura, como los cuentos de hadas, en los que muchas historias se inician con la muerte de los padres, en estos cuentos Bruno Betlehaine analiza la muerte del progenitor la cual crea los más

angustiosos problemas tal como ocurre o se teme que ocurra en la vida real, otros hablan de que un pobre anciano decide que ha llegado el momento de que una nueva generación se encargue de tomar las riendas, pero antes el joven tendrá que mostrar inteligencia y dignidad. Los cuentos de hadas plantean entonces brevemente un problema existencial, lo que permite tanto al niño como al adulto, atacar los problemas en su forma esencial...

De la misma manera al niño mexicano, sobre todo aquel que nace en el campo se le arrulla desde la cuna no con canciones en las que hacen acto de presencia hadas y gnomos, que nos son benéficos pero al menos inofensivos que pertenecen al folklore de otros países, en cambio a nuestros niños del campo se les induce a percibir que existe una realidad muy concreta, muy inmediata, muy inminente, en estas canciones de cuna, encontramos palabras cómplices de la muerte.

DUERMASE NIÑO

QUE AHI VIENE EL VIEJO

LE COME LA CARA

LE DEJA EL PELLEJO

¿Qué duerme al niño, el silencio, la repetición, el sonsonete, la voz de quien canta? ¡No es el miedo que lo toma de la mano para escapar de la amenaza, llevándole a otro ámbito a otro mundo, en el que tampoco estará a salvo, porque en las ensoñaciones seguramente también habrá persecución, cuerpos destrozados y muerte! Quizá más tarde

logre evadir esta amenaza y es con el juego, entonces el niño mexicano juguetea, entre sus compañeros tiene a la muerte como un protagonista activo; y entre risas cantan en rondas.

Y otras en donde la muerte ya no es un acontecimiento trágico, ni siquiera grave, sino algo intrascendente, y hasta cierto punto cómico; más adelante el niño describe que puede contemplarla cara a cara y que su visión no produce espanto sino que es motivo de risa.

ESTABA LA MUERTE UN DIA

SENTADA EN UN ARSENAL

COMIENDO TORTILLA FRIA

PARA VER SI PODIA ENGORDAR

A pesar de los diferentes matices socioculturales y religiosos que adquiere, el niño para encarar a la muerte y lograr la adquisición del concepto como tal, sigue una secuencia la que está íntimamente relacionada con el desarrollo intelectual del niño y que como propone Piaget, tiene dos aspectos: el psicosocial, y el espontáneo que es todo aquello que el niño aprende o piensa sin haberse enseñado y que debe descubrir por sí solo. De lo cual únicamente mencionaré lo que Piaget ha analizado en relación a como se presentan las ideas de los niños acerca de la edad de los seres humanos y la concepción de tiempo, ya que sin esto sería difícil alcanzar la concepción de la muerte.

En una primera etapa el tiempo unido es un influjo perpetuo y continuo, es un cambio que tiende a ciertos



estados y deja de fluir cuando se alcanzan estos, así para los pequeños, envejecer es crecer: al término del crecimiento el tiempo les parece que deja de operar. En cuanto a lo que se atribuye a la anterioridad subraya otra verdad, ¡qué el tiempo desde su punto de vista, sólo comienza con su propia memoria y así antes de su nacimiento no existen ni padres ni mayores!

Aquí la mejor prueba de este egocentrismo del tiempo intuitivo, es la diferencia del sujeto y del objeto, además la sucesión no puede fundarse sobre la duración lo cual puede determinar que la muerte en esta primera etapa no sea definitiva.

La segunda etapa gracias al proceso de las regulaciones instintivas se constituye una intuición articulada del orden de los nacimientos en correspondencia con la edad, pero sin correspondencia con las edades futuras, lo que explicaría el concepto de temporalidad y personificación de la muerte.

Por último, en la tercera etapa la noción del envejecimiento empieza a dissociarse de la edad del crecimiento espacial o aumento del tamaño y se concibe en función del tiempo mismo, y por lo tanto cada quien tiene su propio tiempo, lo que determina su muerte.

A continuación transcribo lo que una madre ha escrito, poéticamente, acerca de como vivió su pequeña hija la muerte de su hermano, lo que aparece en el libro de Elizabeth Kluber, ya que manifiesta plenamente las etapas que he mencionado en este trabajo sobre el concepto que el niño va

adquiriendo progresivamente sobre la muerte.

MI HERMANO SE FUE

Papito dice que se ha ido
Mamá dice que está muerto
Pero estaba aquí apenas ayer
Y yo no estoy segura de lo que ha dicho

Papito se ve muy triste
Mamá continúa llorando
Y todo este asunto me asusta mucho
Y todo porque se murió mi hermano

Su osito de peluche descansa en su cama
Sus pijamitas están en el sillón
Da miedo dormir solita
Hay que estar seguras que la puerta del ropero esté cerrada

Papito dice que está en el cielo ahora
Yo me pregunto dónde queda eso
Mamá dice que algún día, todos estaremos ahí
Pero yo no estoy segura de eso

Desearía ser mágica
Entonces ¿Sabes lo que haría?
Lo haría saltar fuera de esa caja
Para que pudiera correr y jugar conmigo también

Pero la magia no es verdadera
Por lo menos eso es lo que mamá dijo
Así es que creo que tengo que dormir sola
Y Lancey tendrá que estar muerto.

BIBLIOGRAFIA

- Elizabeth Kluber R. On Children and Death. Ed. Macmillan Company Books.
- Eugene Minkovski. El Tiempo Vivido. Ed. Fondo de Cultura Económica.
- J. de Ajuriaguerra. Manual de Psiquiatría Infantil. Ed. Masson.
- Martin Hidegger. El ser y el tiempo. Ed. Fondo de Cultura E.
- Paul Arnold. El Libro Maya de los Muertos. Ed. Diana.